Fareed Zakaria, “Freedom and Restraint,” *The Future of Freedom: Illiberal Democracy at Home and Abroad* (New York and London: W. W. Norton & Company, 2007, 2003), pp. 19-21.

Traducción: Rodolfo R. Moreno M. ©2021

Introducción

Libertad y control

(pp. 19-21)

La gente, por otro lado, persive un problema. Los estadounidenses estiman menos que nunca su sistema político. En ésto, no están solos. La mayoría de los países occidentales muestra históricamente la misma baja estima por su política; de hecho, el reciente ascenso del populismo “*anti-establisment*” en todos los países de Europa sugiere que dicho sentimiento puede ya haber enraizado firmemente. Esta tendencia ascendente de insatisfacción y enojo con los sistemas políticos existentes llega en un mal momento. Las democracias occidentales se encuentran bajo presión al enfrentar retos fundamentales nuevos, tales como el terrorismo, los cambios demográficos, la migración y los choques culturales. Los gobiernos deben proteger a sus sociedades de los nuevos peligros, renovar y mejorar el “estado de bienestar” y promover la inmigración sin producir conflictos culturales –una demanda muy poco razonable en todo momento–. Por otro lado, el sistema político jamás había sido tan disfuncional. Las campañas e indulgencia permanentes, la recolección de fondos, los intereses especiales y las negociaciones –sobre todo en Estados Unidos– han desacreditado al sistema ante los ojos del público y el número de votantes es dramáticamente bajo. La democracia occidental sigue siendo el modelo para el resto del mundo, ¿pero será posible que, como una supernova al momento de su máxima gloria en un universo distante, la democracia occidental esté vaciándose por dentro?

Muchos creen lo contrario –que la mayor democratización de todas las esferas de la sociedad es un bien absoluto–. Apartir del colapso de los viejos sistemas, de la facilitación del acceso y del empoderamiento de los individuos, se derivarán las siempre crecientes libertad y felicidad individuales. Durante los últimos años de los exitantes 1990s, la firma consultora *Accenture* publicó anuncios para exaltar sus análisis visionarios. Uno de ellos era un titular falso de un diario que decía: “El internet llevará la democracia a China”, seguido de la cita: “Ahora se pone interesante”. Mientras que el fervor de la era “*.com*” se ha diluido, los entusiastas de la tecnología señalan que el internet está en pañales y que eventualmente llevará la democracia a China, la prosperidad a India y nos convertirá a todos en nuestros propios banqueros, abogados, editores e incluso en legisladores. La última tendencia ya es visible en estados como California, donde el *gobierno-por-referendum* está bien establecido. Otros siguen el mismo camino. ¿Cómo se puede argumentar en contra de más democracia?

Pero ¿qué tal si la libertad surge no del caos sino de un mínimo de orden también, no apartir de la irrestricta democracia directa sino de la democracia representativa regulada? ¿si, como en muchas cosas en la vida, necesitamos guías y límites? Y ¿si la libertad está verdaderamente segura únicamente cuando esos rieles están firmes? Esta teoría alternativa es, a cualquier grado, la que produjo la democracia liberal moderna. La democracia en la que hemos vivido en occidente ha sido siempre lo que Aristóteles llamó un “régimen mixto”, con un gobierno electo, claro está, pero también con leyes y

derechos constitucionales, con jueces independientes, partidos políticos fuertes, con iglesias, negocios, asociaciones privadas y élites profesionales. La democracia política fue un elemento esencial y realmente crucial de todo –el pueblo tenía el poder último–, pero el sistema era complejo y con muchas partes, no todas sujetas a elecciones. De hecho, el propósito de muchas de estas instituciones y grupos no sujetos de democracia era el atemperar las pasiones públicas, educar a los ciudadanos, guiar la democracia y, en consecuencia, proteger la libertad. Cuando la *Harvard Law School* entrega los diplomas a sus graduados, les recuerda que pienesen en la ley como "los sabios límites que hacen libre al hombre". El himno nacional de los Estados Unidos –*America the Beautiful* ("América la bella")– declara: "Estados Unidos, Estados Unidos, Dios repara todas tus faltas. Reafirma tu alma en el autocontrol / Tu libertad en la ley"[1].

Este libro es un llamado al autocontrol, al restablecimiento del balance entre democracia y libertad. No está dirigido contra la democracia; por el contrario, es una aseveración de que sí puede haber tal cosa como democracia en demasía –exceso de algo enfáticamente bueno–. La esencia de la política en la democracia liberal es la construcción de un rico orden social complejo, no uno dominado por una sola idea. Los "padres fundadores" de los Estados Unidos, por ejemplo, buscaron crear dicha sociedad plural, cuando muchos creían que solamente una ideología religiosa debía ordenar y reglamentar las sociedades. La democracia también es una sola idea y, como muchos machotes, tiene sus limitantes. Lo que funciona en una legislatura puede no funcionar en una corporación.

El planear or llevar a cabo una restauración no significa buscar el regreso al antiguo orden. Nos gustan los cambios democráticos que hemos vivido y valoramos sus logros. La meta es la democracia liberal no como fue practicada en el siglo XIX, sino como debería ser practicada en el siglo XXI. Las sociedades democráticas necesitan nuevas protecciones y guías, diseñadas tanto para los nuevos tiempos como para los nuevos problemas; aún así, tales acciones deben comenzar con un retorno a la historia, a la lucha por la libertad y la democracia que inició en occidente y se difundió a otras partes. Si queremos renovar tanto la constante búsqueda por la vida y la libertad, como la consecución de la felicidad, debemos recordar las fuerzas que primero las produjeron. Únicamente comprendiendo el pasado de la libertad es que podemos coadyuvar a asegurar su futuro.

1 "*America, America God mend thine every flaw. Confirm thy soul in self-control / Thy liberty in law*".